

cantería, del lugar de Rascafría, don Rodrigo Gil de Ontañón, y la fábrica resultó una maravilla. La arquitectura es un complejo de diversos estilos, todos nobles, ya el plateresco, ya el dórico, y en la clausura de los claustros, Cisneros, en piedra, esculpido en Roma por el español Vilches. Por el patio trilingüe paseó un día Quevedo.

Aquí, a la sombra de esta ilustre y preclara Universidad, nació y creció otro genio de la Literatura española: Miguel de Cervantes Saavedra. En la iglesia magistral de Alcalá, edificada sobre los huesos frágiles de los santos niños, Justo y Pastor, sobre sus cenizas, carne rosa, muerta, fué bautizado Miguel, hijo de Rodrigo de Cervantes y de su mujer doña Leonor, y derramó las aguas bautismales sobre su cabeza el Rvdo. señor Bachiller Serrano, Cura de Nuestra Señora, a quien yo imagino al buen sol de otoño cazando perdices y latines por la vega del Henares. Y en la misma iglesia, bajo las airosas ojivas que sostienen cuarenta y tres pilares, el sepulcro de mármol de Carrara que guarda los restos del Cardenal Cisneros, y, bajo un arco gótico, el Cardenal Carrillo, muerto, en piedra viva, con el relieve grandilocuente de su señera figura, y los dos Cardenales, en la paz de Alcalá, ordenando aún la vida española con el ejemplo, que no pasa, y su memoria trascendiendo hasta nosotros, y la tarde de Alcalá de Henares, ya toda del color de la púrpura, entrañablemente unida al gesto de Cisneros.

Tierra ésta de foros, donaciones y señorío, de Arzobispos y Cardenales, de Universidad y Palacio, de olla y coro.

Cuantos Arzobispos ocuparon la silla de Toledo mimaron el Palacio que, a principios del siglo XIII, se hizo construir el Arzobispo don Rodrigo de Giménez, y que luego se enriqueció con ventanales platerescos y columnas jónicas y la gran escalera inventada por la prodigiosa fantasía de Covarrubias y Berruguete. Y si usted sube hasta el piso principal podrá admirar los cinco salones con sus artesonados del siglo XVI, y el gran Salón de Concilios, que recibe luces por siete ventanas, cada ventana un estilo, cada estilo una bendición de la vista, cada ver un pensar, cada pensar un morir.

Y así es Alcalá. La ciudad está bien viva porque siempre lo ha sido, porque ha sido una ciudad humanística. A la erudición seca y desamorada, prefirió el rigor del pensamiento y la reciedumbre de la milicia. No es una ciudad botánica, sino árbol, y el esparto de la tierra se quema en el fuego de una entrañable pasión española.

No basta para describir Alcalá con leer una guía turística y enumerar datos áridos, sino comprender y amar. El sino de nuestra maltrecha generación parece ser el de no haber tenido ni tiempo siquiera para conocer la historia española. Si esta descripción que yo aquí hago sirve para justificarme y para justificar mi generación, si sirve para honrar a la provincia de Madrid, si sirve para algo, me sentiré satisfecho y rubricaré contento. Pero no sé.

JUAN CARLOS VILLACORTA

